

EL IMPERIO DEL PARAGUAS

Por WANDERER

LA gloria roja—oro y grana—del sol de mayo ha doblado su último saludo. La cortina gris del cielo de junio, nublado y plomizo, desciende lenta, tristemente. La función ha terminado. Ante el bordonado pertinaz y plañidero de la lluvia, comienza el desfile de veraneantes y vacacionistas, que vuelven a sus oficinas y a sus aulas.

Las avenidas y paseos, que antes relucían como ascuas de oro y luz, bajo el fustazo cànicular, despiden ahora reflejos metálicos de plata bruñida o de espejo lunar, bajo la isócrona caricia del aguacero.

De pronto, del fondo de los almacenes, de la salida de los talleres, de la escalera de los hoteles, del empedrado de las aceras, han brotado como por arte de brujería una, dos, veinte enormes floraciones negras, que van y vienen y cruzan la calle con rápido paso, deteniéndose tan sólo para dar paso a los vehículos, que siguen transitando por ella.

La lluvia cantarina sigue tamborileando su canción de ñaña sobre el asfaltado pavimento. Pero la extraña aparición, lejos de mustiarse al asalto de las gotas, adquiere un nuevo brillo. La luz y el agua resbalan por sobre ella, arrancándole irisaciones sedosas y suaves.

La negra flor charolada ha vuesto a sentár su imperio silencioso y triste en la ciudad. ¡El plebeyo paraguas hecho palio triunfal de la época de aguas! Viéndolo agitarse de un punto a otro en la vía pública, es como el punto final que cierra el capítulo de devaneos y jolgorios del tiempo de vacaciones y veraneo.

O quizá, viendo a varios juntos, ir uno tras otro en la misma dirección, sean como puntos suspensivos, ocultando sin ocultar del todo, insinuando sin decir nada, el final de una aventura galante, o su continuación en fecha no lejana, cuando el sol vuelva a cobrar su prestigio seductor.

Sombrío y negro paraguas, imagen de la prosa cotidiana y espejo de la vulgaridad de la vida que pasa, esclava de las inclemencias y veleidades del tiempo, yo te quiero por humilde, sencillo y bueno. Sin los colores ni las alharacas de la sombrilla mundana y pinturera, tú defiendes a tu dueño tan bien de los ardores del sol, como de los temblores de la lluvia. Y plegado, eres a la vez airoso bastón o báculo amigo.

Estás algo pasado de moda, ya lo sé. Sólo te llevan los viejos, los casados y los pobres. Mas ¿qué importa? Tu misión en la vida no es fulgir, ni deslumbrar. Tu papel se reduce a paliar y defender. Eres el compañero inseparable de los días grises y nublados.

Pero cuando, bajo tu sombra bienhechora, salta el chispazo potencial que prende el fuego sacro en los corazones de dos en compañía, ¡debajo de tu negra superficie vislúmbrese un como revuelo de claridades interiores y de asordados ardimientos, que no logran ni lograrán apagar jamás todas las aguas juntas del cielo y de la tierra!

Plebeyo y vulgar paraguas, yo te quiero por humilde, por bueno y por sencillo, y porque prestas alas de piedad y de misterio a la ruta trillada del querer...

ARELLANO ART STUDIO

SAMANILLO BUILDING

Escolta 619

Tel. 2-38-37

ANGEL OVEJAS

Fotógrafo Comercial

1832-C Int. Azcarraga

Sta. Cruz, Manila

Tel. 2-51-39